

**SIN NOVEDAD EN EL FRENTE**

ERICH MARIA REMARQUE

SIN NOVEDAD  
EN EL FRENTE

Traducción: Judith Vilar



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Im Westen nichts Neues*

Diseño de la cubierta: Edhasa

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Primera edición: marzo de 2009  
Octava reimpresión: enero de 2020

© 1929, Erich Maria Remarque  
© de la traducción: Judith Vilar  
© de la presente edición: Edhasa, 1994, 2009  
Diputación, 262, 2º-1ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

ISBN: 978-84-350-1835-7

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

Impreso por CPI Black Print

Depósito legal: B-3.939-2012

Impreso en España

*Este libro no representa ni una denuncia ni una confesión. Pretende únicamente mostrar una generación que fue destruida por la guerra, aunque escapara a las granadas.*

# I

Nos hallamos en la retaguardia, a nueve kilómetros del frente. Ayer nos relevaron; ahora tenemos el estómago lleno de alubias y carne de buey, estamos hartos y satisfechos. Incluso ha sobrado para otro plato por la noche; además hay doble ración de salchichas y pan: es estuendo. Hacía mucho tiempo que no pasaba eso: el cocinero, con su cara roja como un tomate, nos sirve la comida personalmente; con el cucharón, hace una seña a los que pasan y les sirve una buena ración. Está desesperado porque no sabe cómo terminar el rancho. Tjaden y Müller han encontrado un par de jofainas y las han llenado hasta el borde, como reserva. Tjaden lo hace por gula, Müller por precaución. Nadie se explica dónde mete Tjaden toda esa comida. Sigue, como siempre, flaco como un palillo.

Pero lo más importante es que también nos han dado doble ración de tabaco. Diez cigarros, veinte cigarrillos y dos pastillas de tabaco de mascar a cada uno, no está nada mal. Le he cambiado a Katczinsky las pastillas por los cigarrillos, así que ahora tengo cuarenta. Suficientes para un día.

En realidad todas esas provisiones no eran para nosotros. Los prusianos no son tan espléndidos. Nos las han dado por equivocación.

Hace quince días tuvimos que avanzar hasta primera línea, como reemplazo. Nuestro sector estaba bastante tranquilo, y por eso el furriel había recibido para el día en que volvimos la cantidad habitual de provisiones y había preparado lo necesario para los ciento cincuenta hombres de la compañía. Pero, sin embargo, precisamente el último día la artillería pesada inglesa nos atacó por sorpresa a cañonazos, que retumbaban sin cesar en nuestro sector, de modo que sufrimos muchas bajas y sólo regresamos ochenta hombres.

Habíamos abandonado el frente por la noche y nos habíamos acostado enseguida para poder descabezar por fin un buen sueño; porque Katczynsky tiene razón: la guerra no sería tan mala si pudiésemos dormir más. En primera línea casi nunca es posible, y pasar allí quince días cada vez es mucho tiempo.

Era ya mediodía cuando los primeros de nosotros salimos a gatas de los barracones. Media hora más tarde cada uno había cogido ya su plato y nos reunimos ante la olla del rancho, que despedía un olor fuerte y apetitoso. Naturalmente, los más hambrientos se pusieron delante: el que tiene las ideas más claras de todos nosotros, Albert Kropp, y que por eso no ha llegado a más que a cabo segundo; Müller V, que todavía lleva consigo los libros de texto y sueña con notas de exámenes (incluso en medio de un bombardeo se dedica a empollar teoremas de física); Leer, que lleva barba y siente una gran predilección por las mujeres de los prostíbulos para oficiales; jura que, por orden de la Comandancia, están obligadas a llevar ropa interior de seda y a bañarse en caso de clientes que sobrepasen el grado de capitán; el cuarto soy yo, Paul Bäumer. Los cua-

tro tenemos diecinueve años, los cuatro hemos salido de la misma clase para ir a la guerra.

Justo detrás de nosotros están nuestros amigos. Tjaden, un flaco cerrajero que tiene nuestra edad, el mayor goloso de la compañía. Se sienta a comer flaco y se levanta gordo como un cerdo; Haie Westhus, minero y de la misma edad, puede coger con una mano un pan de munición y preguntar: adivina qué tengo en la mano; Detering, un campesino que sólo piensa en su granja y en su mujer; y finalmente Stanislaus Katczinsky, el jefe de nuestro grupo, tenaz, astuto, generoso, de cuarenta años, cara terrosa, ojos azules, hombros caídos y un olfato magnífico para oler el peligro, la buena comida y las buenas ocasiones.

Nuestro grupo formaba la cabeza de la serpiente que esperaba ante el rancho. Empezamos a impacientarnos porque el cocinero seguía inmóvil, esperando.

Por fin, Katczinsky le gritó:

—¡Venga, Heinrich, destapa la olla de una vez! Está claro que las alubias están listas.

Heinrich movió la cabeza soñoliento:

—Primero tenéis que estar todos.

Tjaden se rió por lo bajo:

—Ya estamos todos.

El furriel seguía sin entender.

—¡Qué más quisierais! ¿Dónde están los otros?

—¡Hoy ya no tienes que preocuparte por ellos! Están en el hospital o en la fosa común.

Cuando comprendió los hechos, el cocinero se quedó de una pieza. Trastabilló.

—¡Y yo que he cocinado para ciento cincuenta hombres!

Kropp le dio un codazo en las costillas:

—Por fin nos hartaremos de comer. ¡Anda, empecemos de una vez!

Pero de pronto a Tjaden se le ocurrió una idea luminosa. Su rostro afilado, de ratón, empezó a relucir, y, con los ojos empequeñecidos de malicia y temblándole las mejillas, se acercó lo más posible:

—¡Hombre! ¿O sea que también te han dado pan para ciento cincuenta hombres, verdad?

El furriel asintió, desconcertado y ausente.

Tjaden le cogió por las solapas.

—¿Y también salchichas?

Cara de Tomate asintió de nuevo.

A Tjaden le temblaban las mandíbulas.

—¿Tabaco también?

—Sí, de todo.

Tjaden miró radiante a su alrededor.

—¡Cielo santo, a eso se llama tener suerte! ¡Así que todo es para nosotros! A cada uno le toca... un momento... ¡justo, doble ración!

Pero el furriel despertó de nuevo a la vida y dijo:

—No puede ser.

Pero también nosotros nos espabilamos y nos acercamos a ellos.

—¿Y por qué no puede ser, vamos a ver? —preguntó Katczinsky.

—Lo que es para ciento cincuenta hombres no puede ser para ochenta.

—Te lo demostraremos —gruñó Müller.

—Por mí os podéis comer todo el rancho, pero de las otras raciones sólo puedo entregar para ochenta hombres —insistió Cara de Tomate.

Katczynsky se enojó.

—¿Quieres que te releven o qué? No has recibido provisiones para ochenta hombres sino para la segunda compañía, y basta. ¡Nos las darás! La segunda compañía somos nosotros.

Acosamos a aquel tipo. Nadie podía soportarle porque más de una vez, en la trinchera, habíamos comido frío y tarde por su culpa, y eso porque bajo el fuego de granadas no se atrevía a acercarse lo bastante con la olla y los que iban a buscar la comida tenían que andar mucho más que los de las otras compañías. Bulcke, de la primera, se portaba mejor. Era gordo como una marmota, pero si llegaba el caso era capaz de arrastrar la olla hasta primera línea.

Estábamos de malhumor, y sin duda habríamos reparado leña si no se hubiera presentado el teniente de nuestra compañía. Se informó del caso y se limitó a decir:

—Sí, ayer sufrimos muchas bajas...

Luego echó una ojeada al interior de la olla.

—Esas alubias tienen buena pinta.

Cara de Tomate asintió.

—Llevan manteca y carne.

El teniente nos miró. Sabía lo que estábamos pensando. Sabía muchas otras cosas, porque había ascendido entre nosotros tras empezar de soldado raso. Levantó de nuevo la tapa y olfateó. Mientras se alejaba, dijo:

—Traedme un buen plato a mí también. Y que se repartan todas las raciones. Las necesitaremos.

Cara de Tomate puso cara de tonto. Tjaden empezó a bailar a su alrededor.

—¡No te pasará nada! Éste se cree el amo de inten-

dencia. ¡Y ahora empieza, gordinflón, y no te des-cuentes!

—¡Así te ahorquen! —refunfuñó Cara de Tomate. Aquello era increíble, iba contra toda lógica, ya no comprendía el mundo. Y como si quisiera demostrarnos que todo le daba igual, nos dio voluntariamente media libra de miel a cada uno.

Hoy realmente es un buen día. Incluso ha llegado el correo, casi todos hemos recibido un par de cartas y algunos periódicos. Ahora damos un paseo en dirección al prado que hay detrás de los barracones. Kropp lleva bajo el brazo la tapa redonda de un barril de margarina.

En la orilla derecha del prado han construido una letrina comunitaria, un edificio sólido con techo. Pero eso es para los reclutas, que aún no han aprendido a sacar provecho de las cosas. Nosotros buscamos algo mejor. Por doquier se alzan pequeñas casitas individuales que sirven para lo mismo. Son cuadradas, limpias, de madera, bien acabadas, con un asiento cómodo e impecable. A cada lado disponen de unas asas para poder transportarlas.

Colocamos tres de ellas en círculo y nos acomodamos. No pensamos movernos antes de dos horas.

Todavía recuerdo cuánto nos avergonzaba al principio, cuando éramos reclutas, tener que utilizar la letrina comunitaria. No tiene puertas, y veinte hombres se sientan uno junto a otro como en un tren. De una sola mirada los ves a todos; el soldado debe estar siempre bajo vigilancia.

Entretanto hemos aprendido algo más que a superar esa vergüenza. Con el tiempo hemos aprendido otras muchas cosas.

Aquí al aire libre resulta verdaderamente un placer. No me explico por qué antes rehuíamos con vergüenza esas cosas, al fin y al cabo son tan naturales como comer y beber. Y quizá tampoco sería necesario hablar de ellas si no fuera porque juegan en nuestras vidas un papel tan esencial y no hubieran supuesto algo nuevo para nosotros; los demás hacía tiempo que las daban por supuestas.

Al soldado, su estómago y su digestión le resultan un terreno más familiar que a cualquier otra persona. Las tres cuartas partes de su vocabulario provienen de él, y tanto la expresión de su alegría como la de su enojo encuentran ahí su fuerza descriptiva. Es imposible expresarse de otra forma de un modo más claro y rotundo. Nuestras familias y nuestros profesores se asombrarán cuando volvamos a casa; pero aquí es el idioma universal.

Para nosotros todas esas actividades han recobrado su carácter inocente debido a su forzosa publicidad. Más aún: las consideramos tan naturales que damos el mismo valor al hecho de llevarlas a término confortablemente como a jugar una buena partida de cartas a resguardo de las bombas (una buena partida de póker sin ochos a resguardo de las bombas). No es por casualidad que ha surgido la expresión «comentarios de letrina» refiriéndose a todo tipo de habladorías; en el ejército, esos lugares sustituyen a los bancos de los parques y a las mesas de los bares.

En estos momentos nos sentimos mejor aquí que en

cualquier servicio de lujo con baldosas blancas. Aquello sólo puede ser higiénico; pero lo de aquí es bonito.

Son horas de una maravillosa inconsciencia. Encima de nosotros se extiende el cielo azul. En el horizonte brillan globos cautivos amarillos, y las blancas nubecillas de los disparos de los cañones antiaéreos. De vez en cuando, cuando persiguen un avión, se levantan como una espiga.

Oímos el sordo rumor del frente como una tormenta muy lejana. Los abejorros que zumban a nuestro alrededor apagan el rumor.

Y a nuestro alrededor se extiende el prado florido. Los tiernos tallos de hierba se mecen, las mariposas se acercan revoloteando en la dulce y cálida brisa de finales del verano; leemos las cartas y los periódicos mientras fumamos, nos quitamos los cascos y los dejamos en el suelo a nuestro lado; el viento juega con nuestros cabellos, juega con nuestras palabras y nuestros pensamientos.

Las tres casitas están rodeadas de amapolas, rojas y brillantes.

Colocamos la tapa del barril de margarina sobre nuestras rodillas. De ese modo conseguimos un buen tablero para jugar a cartas. Las ha traído Kropp. Jugamos. Podríamos quedarnos aquí sentados eternamente. De los barracones nos llega la música de un acordeón. A veces dejamos las cartas y nos observamos mutuamente. Entonces uno de nosotros dice: «Chicos, chicos...», o bien: «Podríamos haber salido malparados», y por un momento quedamos en silencio. Tenemos una sensación intensa y contenida, todos nosotros la notamos, no es necesario hablar de ello. Hubiera

podido suceder fácilmente que hoy no estuviéramos sentados en las casitas, ha faltado endiabladamente poco. Y por eso ahora todo nos resulta nuevo e intenso: las amapolas rojas, la buena comida, los cigarrillos y la brisa estival.

Kropp pregunta:

—¿Alguno de vosotros ha vuelto a ver a Kemmerich?

—Está en St. Joseph —respondo.

Müller dice que le pegaron un balazo en el muslo, un buen pasaporte para volver a casa.

Decidimos ir a visitarle por la tarde.

Kropp nos enseña una carta.

—Kantorek os envía recuerdos.

Nos reímos. Müller tira el cigarrillo y dice:

—¡Aquí me gustaría verlo!

Kantorek era nuestro maestro, un hombre severo y menudo, con levita gris y rostro afilado. Tenía más o menos la misma estatura que el sargento Himmelstoss, el «terror de Klosterberg». Por cierto que resulta cómico que las desgracias del mundo provengan tan a menudo de personas de baja estatura; son mucho más enérgicas e insoportables que las personas altas. Siempre me he guardado de incorporarme a compañías con tenientes bajitos; normalmente son unos malditos negreros.

En la clase de gimnasia, Kantorek no paró de soltarnos discursos hasta que la clase entera, bajo su mando, fuimos a la Comandancia del distrito para alistarnos. Aún le veo ante mí, preguntándonos con los ojos

relampagueantes tras los cristales de las gafas y la voz conmovida:

—Iréis, ¿verdad, compañeros?

Esos maestros a menudo llevan el sentimentalismo en el bolsillo del chaleco, listo para utilizar durante horas. Pero entonces no sabíamos nada de eso.

De hecho, uno de nosotros dudaba y no quería alistarse. Ése fue Josef Behm, un chico gordo y buenazo. Pero luego se dejó convencer; no podía hacer otra cosa. Quizás algunos otros pensaban como él, pero nadie podía confesarlo, porque en aquel tiempo incluso los propios padres te echaban fácilmente en cara la palabra «cobarde». Porque nadie sospechaba en lo más mínimo lo que iba a suceder. En realidad los más razonables eran la gente sencilla y pobre; enseguida consideraron la guerra como una desgracia, mientras que la gente acomodada no cabía en sí de alegría, aunque precisamente ellos hubieran podido prever las consecuencias mucho antes.

Katczynsky dice que eso es debido a la educación, que nos vuelve estúpidos. Y cuando Kat afirma algo, es que antes lo ha meditado bien.

Curiosamente, Behm fue uno de los primeros en caer. Recibió un balazo en los ojos durante un combate y lo dejamos atrás, dándole por muerto. No pudimos recogerle porque tuvimos que retroceder precipitadamente. De pronto, por la tarde, lo oímos gritar y vimos cómo se arrastraba por el campo. Sólo había perdido el conocimiento. Como no podía ver y el dolor le enloquecía, no se cubría, de modo que le mataron a tiros desde el otro lado antes de que ninguno de nosotros hubiera podido salir a recogerlo.

Naturalmente eso no tiene nada que ver con Kantorek; ¿adónde iríamos a parar si empezáramos a hablar de culpa? Al fin y al cabo existían miles de Kantoreks, todos ellos convencidos de hacer lo mejor posible a su cómoda manera.

Precisamente en eso consiste su fracaso.

Deberían haber sido para nosotros, jóvenes de dieciocho años, mediadores y guías que nos condujeran a la vida adulta, al mundo del trabajo, del deber, de la cultura y del progreso, hacia el porvenir. A veces nos burlábamos de ellos y les jugábamos alguna trastada, pero en el fondo teníamos fe en ellos. La misma noción de la autoridad que representaban les otorgaba a nuestros ojos mucha más perspicacia y sentido común. Pero el primero de nosotros que murió echó por los suelos esa convicción. Tuvimos que reconocer que nuestra generación era mucho más leal que la suya; no tenían más ventajas respecto a nosotros que las palabras vanas y la habilidad. El primer bombardeo nos reveló nuestro error, y con él se derrumbó la visión del mundo que nos habían enseñado.

Mientras ellos seguían escribiendo y discurseando, nosotros veíamos ambulancias y moribundos; mientras ellos proclamaban como sublime el servicio al Estado, nosotros sabíamos ya que el miedo a la muerte es mucho más intenso. Por eso no nos convertimos en rebeldes, ni en desertores ni en cobardes —ellos se servían de esas expresiones con gran facilidad—; amábamos a nuestra patria tanto como ellos, y nos aprestábamos al combate con coraje; pero ahora teníamos capacidad de discernimiento, de improviso habíamos aprendido a ver y vimos que no quedaba ni rastro de su mundo. De pron-

to nos sentimos solos, terriblemente solos; y solos debíamos enfrentarnos a ellos.

Antes de ir a visitar a Kemmerich, hacemos un paquete con todas sus cosas; seguramente las necesitará durante el camino.

En el hospital hay mucho movimiento; como siempre, hiede a fenol, a pus y a sudor. Uno se acostumbra a muchas cosas en los barracones, pero aquí nos sentimos desfallecer. Preguntamos dónde está Kemmerich; lo tienen en una sala, y nos recibe con una débil expresión de alegría y una agitación impotente. Mientras estaba inconsciente, le han robado el reloj.

Müller mueve la cabeza y dice:

—Ya te decía yo que no llevaras ese reloj tan bueno encima.

Müller es un poco torpe y siempre quiere tener razón. De otra forma callaría, porque está claro que Kemmerich no saldrá nunca de esta sala. Que recupere o no el reloj, es indiferente, a lo sumo podríamos enviar el reloj a su casa.

—¿Cómo va eso, Franz? —pregunta Kropp.

Kemmerich baja la cabeza.

—Estoy bien, si no fuera por esos terribles dolores en el pie.

Observamos la manta que lo cubre. Su pierna está dentro de un cesto de alambre sobre el que se abomba la ropa de la cama. Doy a Müller un golpe en la espinilla, porque es capaz de contarle a Kemmerich lo que nos han dicho los enfermeros antes de entrar:

que Kemmerich ya no tiene pie; le han amputado la pierna.

Tiene un aspecto horrible; en la cara, pálida y amarillenta, asoman ya aquellas extrañas líneas que tan bien conocemos de haberlas visto centenares de veces. No son propiamente líneas sino más bien señales. Bajo la piel ya no late la vida, que se ha replegado a los límites del cuerpo; la muerte se abre paso desde su interior y ya se ha adueñado de los ojos. He aquí a nuestro compañero Kemmerich, que hace poco todavía asaba carne de caballo con nosotros y se acuclillaba dentro de los cráteres de obús. Es él y, sin embargo, ya no es él. Su fisonomía se ha difuminado, se ha hecho imprecisa, como aquellas placas fotográficas sobre las que se han tomado dos instantáneas. Incluso su voz tiene un tono ceniciento.

Recuerdo ahora la escena de nuestra partida. Su madre, una mujer gorda, le acompañó a la estación. Lloraba sin cesar y tenía el rostro descompuesto e hinchado. Kemmerich se sentía molesto porque ella no guardaba la compostura. Literalmente se estaba deshaciendo en sebo y agua. La pobre mujer se había fijado en mí y, agarrándome por el brazo, me suplicó que cuidara de su Franz. Ciertamente el muchacho tenía cara de niño y unos huesos tan blandos que con sólo cuatro semanas de cargar una mochila se le volvieron los pies planos. ¡Pero cómo es posible cuidar a alguien en campaña!

—Ahora te irás a casa —dice Kropp—. Si hubieras tenido que esperar un permiso, habrías tenido que esperar algunos meses.

Kemmerich asiente con un gesto. No puedo verle bien las manos, son como cera. Bajo las uñas lleva toda-

vía el barro de las trincheras, de un negro azulado como veneno. Se me ocurre pensar que esas uñas seguirán creciendo durante algún tiempo, como una fantasmal vegetación subterránea, cuando Kemmerich ya no respire. Veo la imagen ante mí: las uñas se curvan como tirabuzones y crecen y crecen, y también el cabello encima del cráneo que se descompone, como la hierba encima de una tierra fértil, exactamente como hierba. ¿Cómo es posible eso?

Müller se agacha.

—Te hemos traído tus cosas, Franz.

Kemmerich hace un gesto con la mano.

—Ponlas debajo de la cama.

Müller lo hace. Kemmerich vuelve a hablar de su reloj. ¡Cómo podemos tranquilizarle sin hacerle desconfiar!

Müller se incorpora con un par de botas de aviador en la mano. Se trata de unas magníficas botas inglesas, de cuero amarillo y suave, que llegan a la rodilla y se atan con unos cordones a lo largo de toda la caña, unas botas codiciables. Müller está entusiasmado con ellas, compara la suela con la de sus toscos zapatones y pregunta:

—¿Te llevarás estas botas, Franz?

Los tres pensamos lo mismo: aunque se curara sólo podría utilizar una, de modo que no tendrían ningún valor para él. Tal como están las cosas, es una pena dejarlas aquí, porque los enfermeros se quedarán con ellas cuando él muera.

Müller repite:

—¿No prefieres dejarlas aquí?

Kemmerich no quiere. Son lo mejor que tiene.

—Te las podemos cambiar —propone Müller—, aquí en campaña nos irían muy bien.

Pero Kemmerich no se deja convencer.

Le doy a Müller un pisotón; vacilando, vuelve a dejar las botas bajo la cama.

Hablamos un poco más y luego nos despedimos.

—Que te vaya bien, Franz.

Le prometo volver al día siguiente. Müller también se lo promete; piensa en las botas, quiere vigilarlas de cerca.

Kemmerich gime. Tiene fiebre. Una vez fuera de la sala, detenemos a un enfermero e intentamos convencerle de que ponga una inyección a Kemmerich.

Se niega.

—Si quisiéramos dar morfina a todo el mundo, deberíamos tener barriles enteros.

—Así que sólo sirves a los oficiales —dice Kropp con rencor.

Intervengo rápidamente y empiezo por ofrecer un cigarrillo al enfermero. Lo coge. Entonces le pregunto:

—Tú no debes de estar autorizado para poner inyecciones, ¿verdad?

Se ha ofendido.

—Si no me creéis, por qué me lo preguntáis...

Le doy algunos cigarrillos más.

—Haznos ese favor...

—Bueno, vale —dice.

Kropp entra con él; no se fía de él y quiere asegurarse. Los demás esperamos fuera.

Müller empieza de nuevo con las botas.

—Me irían de primera. Con estos zapatones no hago más que ampollarme los pies. ¿Crees que aguantará has-

ta mañana después del servicio? Si se muere por la noche ya podemos despedirnos de las botas.

Albert vuelve.

—¿Creéis que...? —pregunta.

—Está listo —dice Müller, categórico.

Volvemos a los barracones. Pienso en la carta que tendré que escribir mañana a la madre de Kemmerich. Estoy helado, quisiera tomar un aguardiente. Müller arranca briznas de hierba y las mastica. De repente el pequeño Kropp tira su cigarrillo, lo pisotea con furia, mira a su alrededor con el rostro desencajado y deshecho, y balbucea:

—¡Qué mierda! ¡Qué maldita mierda!

Seguimos andando un buen rato. Kropp se ha calmado; sabemos qué le pasa, ha sufrido una crisis del frente, todos la hemos pasado alguna vez.

Müller le pregunta:

—¿Y qué te dice Kantorek en la carta?

Kropp se ríe:

—Que nosotros somos la juventud de hierro.

Nos echamos a reír los tres, con rabia. Kropp maldice; está contento de poder hablar.

—¡Sí, eso es lo que creen ellos, los miles y miles de Kantoreks! Juventud de hierro. ¡Juventud! Ninguno de nosotros tiene más de veinte años, pero ¿somos jóvenes? ¿Nuestra juventud? Hace tiempo que pasó. Somos viejos.

## II

Me resulta extraño pensar que en mi casa, en un cajón del escritorio, hay un montón de poesías y una tragedia empezada titulada «Saúl». Les dediqué muchas noches, al fin y al cabo casi todos hemos hecho algo parecido; pero ahora me parece tan irreal que ya no puedo imaginármelo.

Desde que estamos aquí, nuestra vida anterior ha quedado atrás sin que nosotros hayamos tomado parte en ello. A veces intentamos tener una visión general y una explicación para esa vida, pero no lo conseguimos. Precisamente para nosotros, chicos de veinte años, nada está claro; para Kropp, Müller, Leer, para mí, para todos aquellos a quienes Kantorek señala como la juventud de hierro. Los mayores están atados firmemente a su pasado, poseen un patrimonio, mujer, hijos, profesión e intereses, unas ataduras tan fuertes que la guerra no puede romperlas. Pero nosotros, los chicos de veinte años, sólo tenemos a nuestros padres y, algunos, una novia. No es mucho, porque a nuestra edad la autoridad de los padres está en su punto más débil y las chicas aún no nos dominan. Fuera de esto, no teníamos mucho más; algunas fantasías, algunas aficiones y la escuela, nuestra vida no llegaba más allá. Y no ha quedado nada de todo eso.

Kantorek diría que nos hallamos precisamente en el umbral de la existencia. Es algo así. Aún no habíamos echado raíces. La guerra nos ha barrido. Para los demás, mayores que nosotros, es una interrupción, pueden pensar más allá de la guerra. Pero de nosotros se ha apoderado, y no sabemos cómo terminará. Lo único que sabemos, de momento, es que nos ha embrutecido de un modo extraño y triste, aunque ya ni siquiera nos entristezcamos a menudo.

Aunque Müller quiera quedarse con las botas de Kemmerich, eso no significa que sea menos compasivo que otro a quien el dolor impida pensar en ello. Él es capaz de pensar con la cabeza. Si a Kemmerich las botas le fueran de utilidad, Müller correría descalzo por encima de una alambrada antes que tramar nada para quitárselas. Pero ahora las botas son algo que nada tiene que ver con el estado de Kemmerich, mientras que Müller les sacaría provecho. Kemmerich morirá, sea quien sea el que se quede con ellas. ¿Por qué Müller no debe ir tras ellas si tiene más derecho que cualquier enfermero? Cuando Kemmerich muera, será demasiado tarde. Por eso Müller ya se ha puesto en guardia.

Hemos perdido el sentido de las demás relaciones porque son artificiales. Únicamente los hechos cuentan para nosotros. Y las buenas botas no abundan.

Antes era distinto. Cuando fuimos a la Comandancia de distrito, éramos todavía una clase de veinte muchachos que, orgullosos, fueron juntos a la barbería a afeitarse —algunos por primera vez— antes de entrar en el cuartel. No teníamos planes sólidos para el futuro, y eran pocos los que pensaban ya en una carrera o un oficio que diera forma a su vida; en cambio, estábamos llenos de ideas inciertas que, a nuestros ojos, daban a la vida e incluso a la guerra un carácter idealizado y casi romántico.

Durante diez semanas recibimos instrucción militar, y en ese tiempo nos formamos de un modo más decisivo que en diez años de escuela. Aprendimos que un botón reluciente es más importante que cuatro volúmenes de Schopenhauer. Al principio, sorprendidos; luego, indignados, y finalmente indiferentes, constatamos que lo decisivo no parecía ser el espíritu sino el cepillo de las botas, no el pensamiento sino el sistema, no la libertad sino la rutina. Nos habíamos alistado con entusiasmo y buena voluntad, y, sin embargo, hicieron lo posible para que nos arrepintiéramos. Al cabo de tres semanas ya no nos resultaba inconcebible que un cartero con galones tuviera más poder sobre nosotros que el que antes poseían nuestros padres, nuestros profesores y todos los círculos culturales juntos, de Platón a Goethe. Con nuestros jóvenes ojos alerta, vimos que el concepto clásico de patria de nuestros maestros se plas-maba allí en un abandono tal de la personalidad que ni el más humilde de los sirvientes hubiera aceptado. Saludar, cuadrarse, desfilar, presentar armas, dar media vuelta a la derecha, media vuelta a la izquierda, golpear con los tacones, aguantar insultos y montones de humi-

llaciones; nos habíamos imaginado de otro modo nuestra misión, y nos encontramos con que nos preparaban para el heroísmo como si fuéramos caballos de circo. Aunque pronto nos acostumbramos. Incluso comprendimos que una parte de todas esas cosas era necesaria, del mismo modo que otra era superflua. El soldado tiene buen olfato para esas cosas.

Nuestra clase fue repartida en grupos de tres o cuatro entre varias secciones, junto a pescadores, campesinos, obreros y artesanos frisonos, de los que pronto nos hicimos amigos. Kropp, Müller, Kemmerich y yo fuimos asignados a la novena sección, al mando del sargento Himmelstoss.

Le consideraban el peor negrero de todo el cuartel, y estaba orgulloso de ello. Un tipo bajo y rechoncho, con doce años de servicio; llevaba un bigote hirsuto de un rojo intenso, y en la vida civil era cartero. A Kropp, Tjaden, Westhus y a mí nos la tenía jugada, porque presentía nuestra muda resistencia.

Una mañana tuve que hacerle la cama catorce veces. Cada vez tenía algo que objetar y la deshacía de nuevo. Durante veinte horas —con pausas, naturalmente— estuve sacando brillo a un par de botas suyas, viejísimas y duras como piedras, hasta que quedaron tan suaves que ni siquiera Himmelstoss tuvo nada que objetar; por orden suya, he limpiado el suelo de la sala de nuestra sección con un cepillo de dientes; Kropp y yo tuvimos que limpiar de nieve el patio del cuartel con un cepillo y una escobilla, y habríamos seguido hasta

helarnos si casualmente no hubiera aparecido un teniente que nos envió para adentro y regañó con violencia a Himmelstoss. Por desgracia la consecuencia fue que Himmelstoss se enojó más todavía con nosotros. Tuve que estar de guardia cuatro domingos seguidos y durante ese mismo tiempo estar al cargo de mi barracón; con el equipo completo y el fusil, tuve que practicar los ejercicios «arriba, ar, ar» y «cuerpo a tierra», en un campo húmedo y roturado, hasta que, cubierto de barro, desfallecí; cuatro horas más tarde, mostraba a Himmelstoss mi equipo completamente limpio, aunque con las manos despellejadas y sangrantes; con Kropp, Westhus y Tjaden tuvimos que permanecer cuadrados durante un cuarto de hora, sin guantes y con un frío intensísimo, los dedos desnudos sujetando el cañón helado del fusil, bajo la atenta mirada de Himmelstoss, que esperaba el menor movimiento para contarlos como una falta; a las dos de la madrugada, tuve que bajar corriendo en camisa ocho veces del piso superior del cuartel hasta el patio porque mis calzoncillos sobrepasaban algunos centímetros el borde del taburete donde cada uno debía amontonar su ropa. Junto a mí corrió el sargento de guardia Himmelstoss, pisándome los dedos de los pies. En los ejercicios de bayoneta siempre tenía que luchar con Himmelstoss, yo con el pesado fusil, él con un arma manejable de madera, lo que le permitía golpearme cómodamente los brazos hasta ponérmelos azules; sin embargo, una vez me enfureció de tal modo que cargué a ciegas contra él y le di tal golpe en el estómago que le tumbé. Se quejó de ello, pero el comandante se burló de él y le dijo que tuviera más cuidado; conocía a Himmelstoss y pareció complacerle dar un chasco al

sargento. Me convertí en un magnífico escalador de barra fija; con el tiempo, también fui el número uno en las flexiones de rodillas; nos echábamos a temblar con sólo oír su voz, pero esa especie de mula cuartelera nunca pudo con nosotros.

Un domingo, Kropp y yo cruzábamos el patio llevando, colgado de un palo, el cubo de la letrina. Cuando Himmelstoss, que salía de paseo con su uniforme reluciente, pasó junto a nosotros y nos preguntó si nos gustaba ese trabajo, fingimos un tropezón y le volcamos el cubo en las piernas. Se puso furioso, pero ya estábamos hartos.

—¡Iréis al calabozo! —gritó.

Kropp ya tenía bastante.

—Pero primero habrá una investigación, y lo contaremos todo —dijo.

—¿Qué modo es ése de dirigirse a un oficial? —vociferó Himmelstoss—. ¿Te has vuelto loco? ¡Espera a que te pregunten! ¿Qué quieres hacer?

—Contarlo todo sobre el sargento —dijo Kropp, con los dedos junto a las costuras del pantalón.

Himmelstoss comprendió lo que sucedía y se largó sin decir palabra. Antes de desaparecer, aún rugió: «¡Me las pagaréis!», pero de hecho su poder terminó ahí. Volvió a intentarlo en el campo de ejercicios con su «cuerpo a tierra» y su «arriba, ar, ar». Nosotros obedecíamos sus órdenes, porque una orden es una orden y debe cumplirse. Pero lo hacíamos tan lentamente que Himmelstoss se desesperaba. Nos arrodillábamos cómodamente, luego apoyábamos los brazos, etc.; entretanto, él ya había dado otra orden. Antes de que empezáramos a sudar, él ya se había quedado ronco.

Así que nos dejó en paz. Seguía llamándonos cerdos, pero con más respeto.

También había sargentos decentes, mucho más razonables; los decentes incluso eran mayoría. Pero sobre todo lo que pretendían era mantener el mayor tiempo posible su cómodo puesto en la retaguardia, y eso sólo era posible siendo riguroso con los reclutas.

Conocimos a fondo la vida del cuartel, y a menudo aullábamos de rabia. Algunos de nosotros incluso se pusieron enfermos. Wolf murió de una pulmonía. Pero nos habríamos puesto en ridículo si hubiéramos aflojado. Nos endurecimos y nos volvimos desconfiados, despiadados, vengativos, groseros..., y nos fue bien; eran precisamente esas cualidades las que nos faltaban. Si nos hubieran mandado a las trincheras sin ese periodo de formación, la mayoría de nosotros habría enloquecido. De ese modo estábamos preparados para lo que nos aguardaba.

No desfallecimos, nos adaptamos; nuestros veinte años, que tantas cosas nos dificultaban, nos ayudaron. Pero lo más importante es que se despertó en nosotros un fuerte sentimiento de solidaridad práctica que luego, en campaña, se convirtió en lo mejor que provoca la guerra: la camaradería.

Estoy sentado sobre la cama de Kemmerich. Cada vez está más decaído. Hay mucho movimiento a nuestro alrededor. Ha llegado un tren ambulancia y están escogiendo a los heridos que pueden viajar. El médico pasa junto a la cama de Kemmerich sin detenerse, ni siquiera le mira.

—La próxima vez, Franz —le digo.

Se incorpora sirviéndose de los codos.

—Me han amputado.

Así que ya lo sabe. Asiento con un gesto y respondo:

—Alégrate de haber salido con vida.

Él permanece en silencio.

Sigo hablando:

—Podrían haber sido las dos piernas, Franz. Wegeler ha perdido el brazo derecho. Eso es mucho peor. Además, te irás a casa.

Me mira.

—¿Tú crees?

—Naturalmente.

Repite:

—¿Tú crees?

—Seguro, Franz. Pero primero tienes que recuperarte de la operación.

Me hace una seña para que me acerque. Me inclino sobre él y susurra:

—No lo creo.

—No digas tonterías, Franz, dentro de unos días te convencerás. ¿Qué tiene de terrible una pierna amputada? Aquí curan cosas mucho más graves.

Levanta una mano.

—Mira estos dedos.

—Eso es de la operación. Si te alimentas como Dios manda, te recuperarás. ¿Os dan bastante comida?

Señala un plato medio lleno. Me enojo.

—Franz, debes comer. Comer es lo principal. Y la comida de aquí es buena.

Hace un ademán de desprecio. Al cabo de un momento, dice lentamente:

—Quería ser guardabosques.

—Todavía puedes serlo —le consuelo—. Actualmente existen prótesis estupendas, ni siquiera notas que te falta algo. Se adhieren a los músculos. Con una prótesis de mano puedes mover los dedos y trabajar, incluso escribir. Y además seguirán inventando cosas.

Permanece en silencio durante un rato. Luego dice:  
—Puedes llevarle las botas a Müller.

Asiento, pensando qué puedo decirle para animarlo. La línea de los labios ha desaparecido, la boca parece mayor, le sobresalen los dientes como si fueran de yeso. La carne se funde, la frente se curva cada vez más, los pómulos se afilan. El esqueleto se abre paso desde dentro. Los ojos ya empiezan a hundirse. Dentro de unas horas habrá terminado todo. No es el primero que veo en ese estado; pero crecimos juntos, por eso es distinto. Le copiaba los exámenes. En la escuela solía llevar un traje marrón con cinturón, raído en las mangas. Además, era el único que sabía hacer el molinete en la barra fija. Cuando lo hacía, los cabellos le cubrían el rostro como si fueran de seda. Kantorek estaba orgulloso de él. Pero no podía sufrir los cigarrillos. Tenía la piel muy blanca; tenía algo de chica.

Me miro las botas. Son grandes y toscas, y meto los pantalones dentro; de pie, dentro de esos anchos tubos, parecemos fornidos y fuertes. Pero cuando vamos a bañarnos y nos desnudamos, de repente volvemos a tener las piernas y los hombros flacos. Entonces ya no somos soldados, sino casi unos chiquillos; parece mentira que podamos cargar con mochilas. Es un momento extraño ese de vernos desnudos; entonces somos civiles y casi nos sentimos como tales.

Mientras se bañaba, Franz Kemmerich parecía pequeño y delgaducho como un crío. Ahora está ahí tendido. ¿Por qué? Sería preciso traer al mundo entero junto a esta cama y decirle: Éste es Franz Kemmerich, tiene diecinueve años y no quiere morir. ¡No le dejéis morir!

Me siento confuso. El aire cargado de fenol y gangrena obstruye los pulmones; una masa espesa que produce ahogo.

Oscurece. El rostro de Kemmerich va palideciendo, destaca encima de la almohada y está tan lívido que reluce. La boca se mueve levemente. Me acerco a él. Susurra:

—Si encontráis el reloj, mandadlo a mi casa.

No le contradigo. Ya no tiene sentido. No podría convencerlo. Me siento terriblemente desamparado. Esa frente con las sienas hundidas, esa boca que no es más que dentadura, esa nariz afilada... Y, en su casa, la mujer gorda que lloraba y a la que tengo que escribir. ¡Ojalá hubiera mandado ya la carta!

Los enfermeros van y vienen con botellas y palanganas. Uno de ellos se acerca, echa una mirada escrutadora sobre Kemmerich y se aleja de nuevo. Está claro que está esperando, probablemente necesita la cama.

Me acerco a Franz y le hablo, como si eso pudiera salvarlo:

—Quizá te lleven al sanatorio de Klosterberg, Franz, entre las torres. Entonces, desde la ventana, podrás ver los campos hasta los dos árboles que se ven en el horizonte. Ahora es la mejor época, cuando el trigo madura; bajo el sol del atardecer, los campos parecen de nácar. ¡Y la avenida de álamos junto al torrente, donde estu-

vimos pescando! Podrás instalarte otro acuario y criarás peces, podrás ir a pasear sin pedir permiso a nadie y también podrás tocar el piano cuando te apetezca.

Me inclino sobre su rostro en penumbra. Aún respira, débilmente. Tiene la cara húmeda, llora. ¡Sí que la he hecho buena con mi estúpido discurso!

—Anda, Franz —le rodeo los hombros con mis brazos y acerco mi rostro al suyo—. ¿No quieres dormir un poco?

No responde. Las lágrimas le resbalan por las mejillas. Quisiera secárselas, pero mi pañuelo está demasiado sucio.

Pasa una hora. Sigo sentado, tenso, observando cada uno de sus gestos por si desea decir algo más. ¡Si al menos abriera la boca y gritase! Pero se limita a llorar con la cabeza vuelta hacia un lado. No habla de su madre ni de sus hermanos, no dice nada, sin duda lo siente todo muy lejano; ahora está solo con su pequeña vida de diecinueve años y llora porque va a abandonarla.

Es la despedida más desconsolada y difícil que he vivido nunca, y eso que la de Tjaden también fue terrible; llamaba a gritos a su madre, un muchacho fuerte como un oso, y, con los ojos desorbitados por el miedo, impidió con la bayoneta que el médico se acercara a su cama, hasta que cayó muerto.

De pronto, Kemmerich profiere un gemido y empieza a agonizar. Me levanto de un salto y salgo fuera de la sala a trompicones, exclamando:

—¿Dónde está el médico? ¿Dónde está el médico?  
Cuando veo una bata blanca, la sujeto con fuerza.

—Venga enseguida, Franz Kemmerich se está muriendo.

El médico se suelta y pregunta a un enfermero:

—¿De quién habla?

—Cama 26. Muslo amputado.

—¿Y yo qué quieres que haga? —me grita—. Hoy he amputado cinco piernas.

Me aparta de su camino.

—Vaya a echarle una ojeada —le dice al enfermero, y se dirige a toda prisa a la sala de operaciones.

Me siento furioso mientras acompaño al enfermero. El hombre me observa y dice:

—Una operación tras otra desde las cinco de la mañana, es cosa de locos, créeme. Hoy ha habido dieciséis defunciones, con el tuyo diecisiete. Seguro que llegamos a veinte.

Me siento desfallecer, de repente no aguanto más. No quiero seguir maldiciendo, no tiene sentido, quisiera dejarme caer al suelo y no volver a levantarme nunca.

Llegamos junto a la cama de Kemmerich. Ha muerto. Aún tiene el rostro lleno de lágrimas. Tiene los ojos semiabiertos, amarillos como viejos botones de concha.

El enfermero me da un codazo.

—¿Te llevas sus cosas?

Asiento con un gesto.

Prosigue:

—Tenemos que llevárnoslo enseguida, necesitamos la cama. Hay varios en el pasillo.

Recojo las cosas y quito a Kemmerich la chapa de identidad. El enfermero me pide su cartilla militar. No la tiene aquí. Le digo que probablemente estará en la oficina de la compañía y me voy. A mis espaldas ya se llevan a Franz en una camilla.

Afuera siento la oscuridad y el viento como una liberación. Respiro lo más hondo posible y siento el aire cálido y suave en mi rostro. De pronto me cruzan el pensamiento imágenes de chicas, prados floridos, nubes blancas. Mis pies, dentro de las botas, avanzan, ando más rápido, empiezo a correr. Junto a mí pasan soldados, sus conversaciones me irritan aunque no las entiendo. La tierra está rebosante de energías que me inundan a través de las suelas de mis botas. La noche está cargada de electricidad, el frente retumba sordamente como un concierto de tambores. Mis extremidades se mueven ágilmente, siento mis articulaciones llenas de vigor, me lleno de aire los pulmones y los vacío. La noche está viva, yo estoy vivo. Siento hambre, mayor que la que siente mi estómago.

Müller me espera delante del barracón. Le doy las botas. Entramos y se las prueba. Le van a la medida.

Revuelve entre sus provisiones y me ofrece un buen pedazo de salchicha. Además, hay té caliente y ron.